

WARHAMMER
40,000

SPACE MARINE BATTLES™

HELSEACH

AARON DEMBSKI-BOWDEN



timunmas

The logo features the text 'WARHAMMER' in a bold, serif font on a dark banner, with '40,000' in a smaller font below it. This is set within a decorative, ornate frame that includes a central emblem of a Space Marine's helmet and wings. Below the banner, the words 'SPACE MARINE BATTLES™' are written in a smaller, spaced-out serif font.

WARHAMMER
40,000

SPACE MARINE BATTLES™

HELSREACH

Aaron Dembski-Bowden

timunmas

Título original: *Helsreach*
Traducción: Vicky Charques Cánoves,
Traducciones Imposibles

Ilustración de cubierta: Jon Sullivan
Mapas: Rosie Edwards y Darius Hinks

Helsreach, Helsreach, GW, Games Workshop, Warhammer 40.000, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2010
por Black Library
Games Workshop Limited.,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited 2010, 2011

© De la traducción Games Workshop Limited. 2011. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2011, 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.timunmas.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0373-2
Preimpresión: gama sl
Depósito legal: B. 10.864-2016
Impreso en España por Romanyà Valls, S.A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47



CAPÍTULO I

Llegada

Después de su ritual de ascenso a los altos mandos del capítulo, Grimaldus permaneció solo en el templo de Dorn durante unas horas.

Sin una brisa que diera vida a la austera cámara, los grandes estandartes colgaban inmóviles. Algunos se habían desteñido con los años, otros conservaban vivos los colores, y algunos incluso conservaban manchas de sangre seca. Grimaldus observó la heráldica de las cruzadas de sus hermanos.

Lastrati, pilas de cráneos y braseros en llamas representaban la guerra de desgaste en la superficie de aquel maldito mundo hereje...

Apostasía, mostraba el Aquila encadenada al globo terráqueo de cuando los Templarios fueron convocados por primera vez en miles de años a la sagrada Terra para derramar la sangre del falso alto señor Vandire...

Y después continuó con las guerras más recientes, en las que Grimaldus había participado.

Vinculus, con la espada atravesando a un demonio, donde los caballeros se habían enfrentado a los seguidores del Archienemigo en la gran batalla del Fuego y de la Sangre en la que Grimaldus pasó a formar parte de las filas de los Hermanos de la Espada y comenzó su duro ascenso por los niveles de la hermandad de capellanes.

En el aire inmóvil colgaban decenas de estandartes, que pendían desde el techo tallado que narraba las historias de las glorias obtenidas y de las vidas perdidas en cada una de las facetas de la Eterna Cruzada.

El único sonido que se oía, aparte de la respiración de Grimaldus, era

el zumbido de los campos de estasis que rodeaban a las reliquias templarias. El reclusiarca pasó uno de ellos, un campo borroso de energía azul que revelaba a través de su superficie lechosa un bólter que en su día había pertenecido al castellano Duron, hacía dos mil años. Las marcas de victorias grabadas en la superficie en letra gótica minúscula cubrían el arma entera como una sagrada escritura.

Grimaldus permaneció de pie junto al pedestal sobre el que se encontraba el bólter durante un tiempo. Sus dedos ansiaban introducir el código de desactivación instalado en la columna del escudo. Estos secretos entraban en el ámbito de la hermandad de capellanes que mantenía aquel relicario, e incluso antes de haber sido ascendido a su rango actual, Grimaldus había honrado a los espíritus máquina de las reliquias de la cámara con bendiciones y consagraciones rituales.

Resultaba muy reconfortante sostener las armas de los campeones, aunque sólo fuera para limpiarlas y purificarlas después de un salto disforme.

Sólo uno de los pedestales, y en el templo de Dorn había más de cien objetos expuestos, poseía lo que Grimaldus estaba buscando. Se detuvo ante la corta columna y leyó la placa plateada que había debajo del vibrante escudo de estasis.

Mordred Reclusiarca

«Se nos juzga en vida por el mal que destruimos.»

Bajo las palabras había un teclado, y en cada tecla había un símbolo gótico plasmado en pan de oro. Grimaldus introdujo el código de diecinueve dígitos para aquella columna concreta y el campo de estasis se desconectó con el chirrido de los antiguos motores que se encontraban en el interior del pedestal de piedra.

Sobre la plana superficie de la columna de piedra blanca yacía un arma, desactivada y silenciosa tras ser liberada de la iluminación azul que la había estado protegiendo.

Sin ceremonias, Grimaldus agarró el mango de la maza y la levantó con seguridad. La cabeza era un martillo de oro sagrado y adamantio bendecido con la forma de las alas de un águila sobre una estilizada cruz templa-

ria. El mango era de metal oscurecido y tan largo como el brazo del caballero que lo sujetaba.

La cabeza ornamentada del arma reflejaba el débil resplandor de los globos de luz instalados en las paredes de la sala y destellaba brevemente mientras la giraba en sus manos.

El guerrero sacerdote permaneció así un tiempo.

—Hermano —dijo una voz detrás de él.

Grimaldus se volvió, levantando el arma por instinto.

Aunque nunca antes había sujetado la reliquia, sus dedos cubiertos de cicatrices hallaron la runa de activación que tenía en el mango antes de que su corazón hubiese dado un solo latido. La cabeza de martillo con forma de alas de águila se iluminó con un resplandor amenazador, y centellas de silbante electricidad crepitaron sobre el metal dorado y plateado.

La figura sonrió al hacerse visible bajo aquella luz cegadora. En un rostro picado y agrietado por décadas de batallas, Grimaldus advirtió un gesto de diversión en los pálidos ojos del joven caballero.

—Reclusiarca. —La figura inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Artarion.

—Estamos cerca de nuestro destino. Los cálculos indican que entraremos de nuevo en el espacio real dentro de una hora. Me he tomado la libertad de preparar a la escuadra para el descenso.

La sonrisa de Artarion, al igual que el propio Artarion, era fea de ver. Grimaldus se la devolvió finalmente, pero al igual que sucedía con sus ojos, había una afabilidad insospechada en la expresión.

—Este mundo arderá —dijo el guerrero sacerdote sin una sombra de duda en la voz.

—No será el primero.

Los labios cortados de Artarion se separaron y revelaron los dientes de acero que le habían implantado después de que lo alcanzara el disparo de un francotirador hacía quince años. El proyectil le alcanzó el lateral de la cara y le destrozó la mandíbula. La masa de tejido cicatrizado que cubría el lado izquierdo de sus labios reforzaba la imagen delgada y socarrona que proyectaba al quitarse el yelmo.

—No será el primero —repitió—, ni el último.

—¿Has visto las proyecciones? ¿Los augurios de la flota, el número de

naves ya presentes en los sistemas locales, los informes de las que todavía están por llegar?

—Perdí interés cuando los números empezaron a ser demasiado altos como para contarlos con los dedos. —Artarion soltó una carcajada tras su patética broma—. Lucharemos y venceremos, o lucharemos y moriremos. Lo único que cambia siempre es el color del cielo bajo el que luchamos y el color de la sangre que mancha nuestras espadas.

Grimaldus bajó el crozius como si acabase de darse cuenta de que todavía lo tenía levantado. Cuando el crepitante resplandor de la reliquia desapareció, la oscuridad lo envolvió. La iluminación dejó un fuerte olor a ozono, el extraño frescor que deja la tormenta tras su paso. Las células de energía del interior del mango de la maza silbaban mientras se enfriaban. El espíritu del arma estaba sediento de guerra.

—Hablas con el alma de un soldado, pero no deberías restarle tanta importancia. Esta campaña... posee el peso de la historia. Sería un error muy grave considerarla simplemente otro conflicto que añadir a la lista de honor.

Grimaldus había dejado de hablar con voz suave. Ahora lo hacía con la amarga pasión que Artarion conocía, con ferocidad y con un tono cargado de anticipación, el grito de desafío de un animal enjaulado.

—La superficie de este mundo arderá hasta que todos los grandes logros de la humanidad que haya en él no sean más que cenizas y recuerdos.

—Nunca antes te había oído afirmar que íbamos a perder, hermano.

Grimaldus negó con la cabeza y continuó con voz todavía grave y enfebrecida:

—El planeta arderá independientemente de nuestro triunfo o nuestra derrota. Y ésa es la realidad de nuestra próxima cruzada.

—¿Tan seguro estás?

—Lo siento en mi sangre. Ganemos o perdamos —asintió el capellán—, cuando llegue nuestro último día en Armageddon, aquellos de nosotros que sobrevivan se darán cuenta de que ninguna otra guerra que hayamos librado jamás nos habrá costado tan cara.

—¿Has hablado de esto con el gran mariscal? —Artarion se rascó la parte trasera del cuello, aliviando con la punta de los dedos el picor que rodeaba uno de los conectores de su columna vertebral.

Grimaldus rió. La ingenuidad de su hermano lo pilló momentáneamente por sorpresa.

—¿Crees que necesita que yo se lo diga?

Pocas naves del Imperio del Hombre igualaban la grandeza letal del *Cruzado eterno*.

Algunas naves surcaban los cielos como los barcos el mar de la antigua Terra, y viajaban por las estrellas con solemnidad y con acompañada gracia. El *Cruzado eterno* no era una de ellas. Como una lanza dirigida hacia el vacío de la mano del mismísimo Rogal Dorn, el buque insignia de los Templarios había estado atravesando el espacio durante diez mil años de guerra. Sus motores rugían y dejaban una estela de plasma a su paso mientras propulsaban a la nave de mundo en mundo en nombre de la Gran Cruzada del Emperador.

Y el *Cruzado* no estaba solo.

Tras él, los buques de mando *Vigilia nocturna* y *Majestad* forzaban los motores, luchando por mantener el ritmo y la formación en lanza con su nave insignia. Tras estos pesados cruceros, una barcaza de batalla y un crucero de asalto más pequeño respectivamente, un ala de fragatas de apoyo formaban el resto de la lanza. Eran siete en total, todas rápidas interceptoras propulsados hacia adelante sin ningún problema para mantener la formación con el *Cruzado*.

La nave volvió a la realidad dejando un reguero de humo amarillento de disformidad procedente de su rugiente campo Gellar. El resplandor de sus propulsores de plasma despedía un rastro gaseoso que envolvía los escudos de vacío de las naves que volvían al espacio real justo detrás de ella.

Delante de ellos se encontraba un planeta ceniciento, oscurecido por una nube impura, que aparentaba una extraña calma a pesar de toda la agitación que lo rodeaba.

Si alguien se asomase al vacío que rodeaba el amargo y castigado mundo de Armageddon, vería un floreciente subsector de espacio imperial en el que incluso los planetas colmena más prósperos presentaban heridas de curación más lenta de lo normal.

Era una región de espacio en el que los propios mundos tenían cicatrices. La guerra y el miedo a otro colosal conflicto en el sector se cernían

sobre trillones de leales almas imperiales como la amenaza de una tormenta que está eternamente a punto de estallar.

Algunos decían que el Imperio del Hombre estaba muriendo. Estas heréticas voces hablaban de guerras interminables de la humanidad contra sus diversos enemigos y auguraban que su destino se estaba decidiendo en los fuegos de millones de campos de batalla en las innumerables estrellas bajo el mando del Dios Emperador.

En ningún lugar eran más evidentes las palabras de estos videntes y profetas que en el asolado, pero reconstruido, subsector de Armageddon, denominado así por su mundo más importante, un mundo responsable de la producción y el consumo a un nivel inmenso e incomparable.

Armageddon en sí constituía un bastión de fuerza imperial. Sus fábricas, que no cesaban su actividad ni de día ni de noche, producían tanques de manera incesante. Millones de hombres y mujeres vestían la armadura color ocre de las Legiones de Acero de Armageddon, que ocultaba sus rasgos bajo las tradicionales máscaras de respiración de esta honorable y prestigiosa división de la Guardia Imperial.

Las colmenas de este desafiante planeta se elevaban hasta la nube de polución que envolvía el mundo en un perpetuo crepúsculo. No había ni rastro de vida natural en Armageddon. Ninguna bestia acechaba a su presa fuera de las ciudades colmena en constante expansión. La llamada de la selva era el traqueteo y el martilleo de diez mil fábricas de munición que nunca detenían la producción. Los únicos animales al acecho que había eran el chirrido de las orugas de los tanques sobre las superficies de rococemento del planeta, esperando para ser transportados a través de las estrellas para servir en más de un centenar de distantes conflictos.

Era un mundo consagrado a la guerra de todas las maneras imaginables. Las cicatrices del pasado lo habían vuelto amargo. Las heridas que los enemigos de la humanidad habían abierto en él lo habían hecho un planeta agrio. Armageddon siempre se reconstruyó después de cada devastación, pero no se le permitió olvidar.

El principal recordatorio del último conflicto, la terrible Segunda Guerra, que acabó con billones de muertos, era una instalación en el espacio interplanetario que recibió el nombre de uno de los Ángeles de la Muerte del Emperador.

Dante, lo llamaban.

Y era desde allí desde donde los mortales de Armageddon miraban hacia la negrura del espacio, observaban y esperaban rezando que nada les devolviera la mirada.

Durante cincuenta y siete años se les habían concedido sus ruegos.

Pero este período había llegado a su fin. Los tácticos imperiales poseían ya cifras fiables de los primeros enfrentamientos que confirmaban que la flota de pielesverdes que embestía contra Armageddon era la mayor fuerza invasora alienígena en la historia del segmentum. A medida que las flotas alienígenas se aproximaban al sistema, los refuerzos imperiales se apresuraban hacia los sectores bloqueados y desplegaban a sus soldados en Armageddon antes de que la flota invasora llegase a los cielos del mundo condenado.

El *Cruzado*, barcaza de batalla que no se correspondía con ningún diseño estándar, era un espléndido monasterio fortaleza de color negro carbón con elevadas agujas de catedral gótica, como las púas de un animal, a lo largo de su lomo. Su artillería, que hacía las veces de garras de este depredador nocturno y que era capaz de reducir ciudades enteras a polvo, apuntaba hacia el vacío. A lo largo de la nave y concentradas alrededor de la proa, cientos de baterías de plasma y de cañones lanza esperaban con la boca abierta en la silenciosa oscuridad del espacio.

A bordo de las naves, un millar de guerreros rompían las ataduras del entrenamiento, la preparación y la meditación. Por fin, tras semanas de travesía por el Mar de las Almas, Armageddon, el planeta corazón pulsante del subsector, estaba a la vista.

Los nombres de mis hermanos son Artarion, Priamus, Cador, Nerovar y Bastilan.

Éstos son los caballeros que han luchado a mi lado durante décadas.

Los observo, uno a uno, mientras nos preparamos para el descenso. La cámara en la que nos armamos es una celda sin ningún tipo de decoración, carente de sentimiento, que ahora cobraba vida con los metódicos movimientos de los servidores que nos colocaban la armadura.

La cámara está cargada de la erudita esencia de las frescas vitelas de los rollos de nuestra armadura, de los cobrizos aceites empleados para la limpieza ritual de nuestras armas, y el perenne y empalagoso hedor salado del sudor de los servidores.

Flexiono el brazo y, al realizar el movimiento, siento cómo zumban con una suave vibración los falsos músculos de cable y fibra de la pieza de la armadura. Los rollos de papiro cubren los rincones de mi armadura, y su delicada escritura rúnica relata los detalles de batallas que jamás podría olvidar. Este papel, de buena calidad según los estándares imperiales, lo fabrican los siervos a bordo del *Cruzado*, que transmiten la técnica de generación en generación. Todo trabajo en la nave es vital. Todas las tareas tienen su propio honor.

Mi tabardo, de color hueso desteñido por el sol, contrasta con el metal del más oscuro de los negros que se encuentra bajo él. La cruz heráldica destaca orgullosa en mi pecho, donde los astartes de capítulos inferiores portan el águila del Emperador. Nosotros no llevamos Su símbolo: somos Su símbolo.

Mis dedos tiemblan mientras el guantelete se cierra en su sitio. No es algo intencionado, es un espasmo nervioso, una respuesta al dolor. Un frío invasivo pero familiar inunda mi antebrazo a medida que la afilada clavija de conexión neuronal del guantelete se hunde en mi muñeca para conectar con los huesos y los músculos reales.

Formo un puño con la mano cubierta de negra ceramita y la relajo. Todos los dedos se doblan a la vez, como si apretase un gatillo. Satisfecho, y con sus ojos sin vida centelleando al reconocer un trabajo completado, el servidor que me viste se aparta para traer mi segundo guantelete.

Mis hermanos pasan por los mismos rituales de comprobación y re-comprobación. Una curiosa sensación de malestar se apodera de mí, pero me niego a exteriorizarla. Me limito a observarlos porque estoy convencido de que ésta será la última vez que realicemos juntos este ritual.

No seré el único que muera en Armageddon.

Artarion, Priamus, Cador, Nerovar y Bastilan. Nosotros somos los caballeros de la escuadra Grimaldus.

En sus venas, Cador lleva la sangre bendita de Rogal Dorn con lo que parece un pesado honor. Su rostro está arruinado y su cuerpo destrozado, ahora mitad biónico a causa de haber sufrido heridas incurables, pero permanece desafiante, e incluso infatigable. Es más viejo que yo, mucho más. Sus décadas en los Hermanos de la Espada han quedado atrás; se lo apartó con todos los honores cuando su avanzada edad y sus elementos biónicos, cada vez más numerosos, lo alejaron del ejemplar que había sido anteriormente.

Priamus es el sol naciente del anochecer de Cador. Es consciente de sus habilidades del modo poco sutil e indecoroso de muchos guerreros jóvenes. Sin un ápice de humildad, sus rugidos triunfales en el campo de batalla parecen un mero modo de llamar la atención a gritos, pura fanfarronería. Se autodenomina maestro de espadas, y, a pesar de todo, no se equivoca.

Artarion es... Artarion. Mi sombra, al igual que yo la suya. Es poco frecuente que algún caballero deje a un lado la gloria personal, pero Artarion es quien porta el estandarte en la batalla. Ha bromeado más veces de las que puedo recordar con que lo hace, únicamente, para indicarle al enemigo mi posición. A pesar de su gran valor, no es un hombre bendecido con un ingenioso sentido del humor. La masa de carne que cubre su rostro se la causó un disparo que iba dirigido a mí. Y tengo este pensamiento muy presente cada vez que vamos a la guerra.

Nerovar es el más nuevo entre nosotros. Posee el dudoso honor de ser el único caballero que escogí personalmente, mientras que los demás fueron designados para luchar a mi lado. La escuadra requería la presencia de un apotecario. En las pruebas de selección, Nerovar fue el único que nos impresionó con su calmada entereza. Está comprobando el narthecium instalado en su brazo con sus azules ojos entrecerrados mientras examina las cuchillas y los láseres quirúrgicos. De repente se oye un escalofriante ruido sordo cuando libera su reductor. El instrumento encargado de dar una muerte clemente, el extractor de la semilla genética, sale disparado de su compartimento y después se repliega con siniestra lentitud.

Bastilan es el último. Bastilan, siempre el mejor y el más humilde de nosotros. Un líder pero no un comandante, una presencia inspiradora pero no un estratega, eterno sargento, destinado a jamás ascender a castellano o mariscal. Siempre ha dicho que su puesto es todo lo que desea. Espero que diga la verdad. Si nos está mintiendo, oculta la mentira muy bien tras sus ojos.

Es él quien me habla ahora. Lo que me dice me hiela la sangre.

—Me he enterado por parte de Geraint y Lograine, de los Hermanos de la Espada —dice, escogiendo las palabras con cuidado—, de que se dice que el gran mariscal va a nombrarte para dirigir una cruzada.

Y por un momento, todo el mundo se quedó inmóvil.

El cielo sobre Armageddon era denso y tenía un color gris amarillento. La nube de sulfuro no era nada nuevo para la población, que trataba los muros de su colmena y los protegía contra las lluvias ácidas de la estación de tormentas.

Alrededor de todas las ciudades colmena sobre la superficie del planeta, los vastos campos de aterrizaje estaban despejados, y eran bien de rococe-mento recién pavimentado a toda prisa o simples terrenos allanados bajo las orugas de cientos de camiones diseñados para ello. Alrededor de la colmena Hades, la lluvia descendía cortante sobre las áreas despejadas y chisporroteaba en el denso resplandor de los escudos de vacío que protegen la ciudad. Los cielos de todo el planeta eran un torbellino, los patrones atmosféricos se habían alterado a causa de la cantidad de naves que atravesaban la nube que lo cubría de forma permanente.

No obstante, en la colmena Hades las tormentas eran especialmente violentas. Cientos de transportes de tropas, cuya pintura ya se había derretido y revelaba el apagado metal en algunas partes, soportaban la lluvia mientras descansaban en los campos de aterrizaje. Algunos hombres formaban irregulares columnas en los campamentos levantados a gran velocidad que se extendían por los páramos entre las colmenas, mientras que otros permanecían sentados en silencio, esperando a que amainara para regresar a órbita.

Hades en sí era poco más que una cicatriz industrial que arruinaba la cara de Armageddon. A pesar de los esfuerzos por reconstruir la ciudad después de la última guerra que tuvo lugar hacía más de medio siglo, todavía quedaban muchos vestigios. Chapiteles derribados, bóvedas destrozadas, catedrales convertidas en ruinas... Éste era el panorama después de la muerte de una colmena.

Un escuadrón de cañoneras Thunderhawk atravesó la nube. Para los hombres que se ocupaban de las almenas de Hades, parecían una bandada de cuervos descendiendo del cielo ennegrecido.

Mordechai Ryken observó las cañoneras a través de sus magnoculares. Tras varios segundos de borrosidad mientras ampliaba la imagen, las retículas verdes enfocaron los cascos y transcribieron un análisis en texto blanco junto a la imagen.

Ryken bajó el visor. Éste colgaba de una cinta de cuero alrededor de su cuello y descansaba sobre la chaqueta de color ocre que vestía como parte

de su uniforme. Sentía su aliento caliente sobre el rostro, reciclado y filtrado a través de la máscara del respirador que le cubría la boca y la nariz.

Sin embargo, el aire seguía teniendo sabor a letrina. Y no olía precisamente mejor. Ésas son las ventajas de una atmósfera con alto contenido en sulfuro. Ryken seguía esperando acostumbrarse a aquello, y había permanecido en aquel mismo lugar cada día de sus treinta y siete años de vida.

Bajo las almenas, trabajando en una torreta antiaérea, un equipo de sus hombres se había reunido con un tecnosacerdote cubierto con una túnica. Aquella monstruosidad provista de múltiples cañones empuñaba a la media docena de soldados que estaban ante ella.

—¿Señor? —dijo uno de ellos a través del comunicador.

Ryken sabía quién era a pesar de los holgados abrigos sin forma que llevaban todos. Sólo uno de ellos era una mujer.

—¿Qué pasa, Vantine?

—Eso son cañoneras astartes, ¿verdad?

—Buen ojo.

Realmente tenía muy buena vista. Vantine habría sido francotiradora mucho tiempo atrás si hubiese tenido algo de puntería. Pero, lamentablemente, para ser francotirador hay que tener algo más que vista.

—¿Cuáles? —inquirió.

—¿Qué importa eso? Los astartes son astartes. Los refuerzos son refuerzos.

—Sí, pero ¿cuáles son?

—Templarios Negros. —Ryken respiró hondo y se pasó la lengua por un corte en el labio mientras observaba a la flota de Thunderhawk aterrizar en la distancia—: Cientos de ellos.

Una columna de la Guardia Imperial desfiló desde Hades para recibir a los recién llegados. Un Chimera de mando, en el que ondeaba una gran cantidad de impresionantes banderas, precedía a seis tanques de combate Leman Russ, cuyas orugas se clavaban en el rococemento recién pavimentado.

Los transportes de soldados todavía esperaban por todo el campo de aterrizaje, y el torbellino de sus motores lanzaba el viento y el polvo en todas direcciones, pero el general Kurov, de la Legión de Acero de Armageddon, no parecía tener intenciones de pararse a saludar a nadie.

A pesar de su avanzada edad, Kurov mostraba una figura erguida en su mugriento uniforme de color ocre y galón negro y con un revestimiento antibalas en el torso. No lucía ninguna de sus muchas medallas, y tampoco había ni rastro de oro, plata, galones, o cualquier otra clase de pompa. Aquél era el hombre que había dirigido el Consejo de Armageddon durante décadas, y que se había ganado el respeto de su gente metiéndose hasta las rodillas en pantanos de sulfuro y en las densas junglas después de la última guerra para dar caza a los xenos supervivientes como parte de los mal reputados pelotones de cazadores de orkos.

Bajó con gran estruendo por la rampa recolocándose la gorra para protegerse de la molesta luz del sol de la tarde. Un grupo de guardias, todos con la ropa igual de andrajosa que su comandante, descendieron por la rampa tras el general. A medida que avanzaban, los cráneos deformes golpeteaban colgados de cinturones y bandoleras. Cruzados sobre el pecho sujetaban unos rifles láser que hacía tiempo que habían dejado de parecerse al modelo estándar, ya que cada uno mostraba sus propias modificaciones y accesorios.

Kurov marchaba con su maltrecho grupo de guardaespaldas en un orden correcto, pero sin ningún esfuerzo consciente. Los dirigía hacia las Thunderhawk estacionadas, las cuales seguían emitiendo un sordo quejido mecánico mientras sus propulsores se desactivaban.

Dieciocho cañoneras. Kurov conocía el número por el informe inicial del áuspex desde que los Templarios habían aterrizado. Ahora permanecían inmóviles en filas desorganizadas, con las rampas retiradas y los mamparos sellados. La parte inferior de los cascos, las romas partes delanteras y los extremos de las alas todavía mostraban el resplandor del calor de los escudos térmicos enfriándose tras las secuelas del descenso.

Delante de la flota de cañoneras había tres astartes quietos como estatuas, y no había ningún signo que indicase de qué naves habían desembarcado.

Sólo uno de ellos llevaba puesto el casco y miraba a través de las lentes color rubí de la máscara de acero con forma de calavera.

—¿Eres Kurov? —inquirió uno de los astartes.

—Así es —respondió el general—. Es un ho...

Todos a una, los tres guerreros sobrehumanos sacaron sus armas. Kurov dio involuntariamente un paso atrás, no a causa del miedo, sino de la

sorpresa. Las armas de los caballeros cobraron vida con un zumbido a coro de células de energía activándose. Las centellas, controladas y crepitantes, cubrían los filos de los tres artefactos.

El primero era un gigante que vestía una armadura de bronce y oro sobre negro. La superficie de la ceramita estaba cubierta de inscripciones que narraban sus hazañas en minúsculas runas góticas, además de otros adornos, trofeos e insignias de honor con sellos de cera roja y tiras de papiro. Agarraba una espada a dos manos con una hoja más larga que la altura del propio Kurov y dirigió la punta hacia el suelo. El rostro del caballero reflejaba todas las guerras en las que había luchado: mandíbula cuadrada, cicatrices y rasgos carentes de expresión.

El segundo astartes, que vestía una armadura negra más simple, llevaba una capa de tejido oscuro y forro escarlata. Su espada no igualaba en absoluto el esplendor de la reliquia del primer caballero, pero, a pesar de su simpleza, la larga hoja de hierro oscurecido no era menos mortífera. El rostro de este caballero carecía de la inexpresividad del primero. Luchaba por no sonreír mientras bajaba la punta de su propia espada hacia el suelo.

Y por último, el caballero que todavía llevaba puesto el yelmo, que no llevaba espada. El rococemento bajo sus pies temblaba ligeramente con el martilleo de su maza de guerra sobre el suelo. La cabeza de la maza, una estilizada cruz sobre las alas del águila imperial, resplandecía en protesta, y las centellas crepitaban cada vez que el metal tocaba el suelo.

Los tres caballeros se arrodillaron con la cabeza inclinada. Todo esto sucedió en un instante, en el transcurso de menos de tres segundos desde que Kurov había hablado.

—Somos los caballeros del Emperador —entonó el gigante de bronce y oro—. Somos los guerreros de la Eterna Cruzada e hijos de Rogal Dorn. Yo soy Helbrecht, gran mariscal de los Templarios Negros. Y quienes me acompañan son Bayard, paladín del Emperador, y Grimaldus, reclusiarca.

Al oír sus nombres, ambos caballeros asintieron.

Helbrecht continuó. Su voz era como un rugido.

—A bordo de nuestras naves en órbita se encuentran los mariscales Ricard y Amalrich. Hemos venido para ofreceros nuestras espadas, nuestro servicio y las vidas de más de novecientos guerreros para defender vuestro mundo.

Kurov permaneció en silencio. Novecientos astartes... Se habían con-

quistado sistemas estelares enteros con una fracción de ese número. Había recibido a decenas de comandantes astartes en las últimas semanas, pero pocos habían traído una fuerza tan significativa con ellos.

—Gran mariscal —dijo el general por fin—. Esta noche se celebrará un consejo de guerra. Tú y tus guerreros seréis bienvenidos.

—Allí estaremos —respondió el gran mariscal.

—Me alegra oír eso —contestó Kurov—. Bienvenidos a Armageddon.